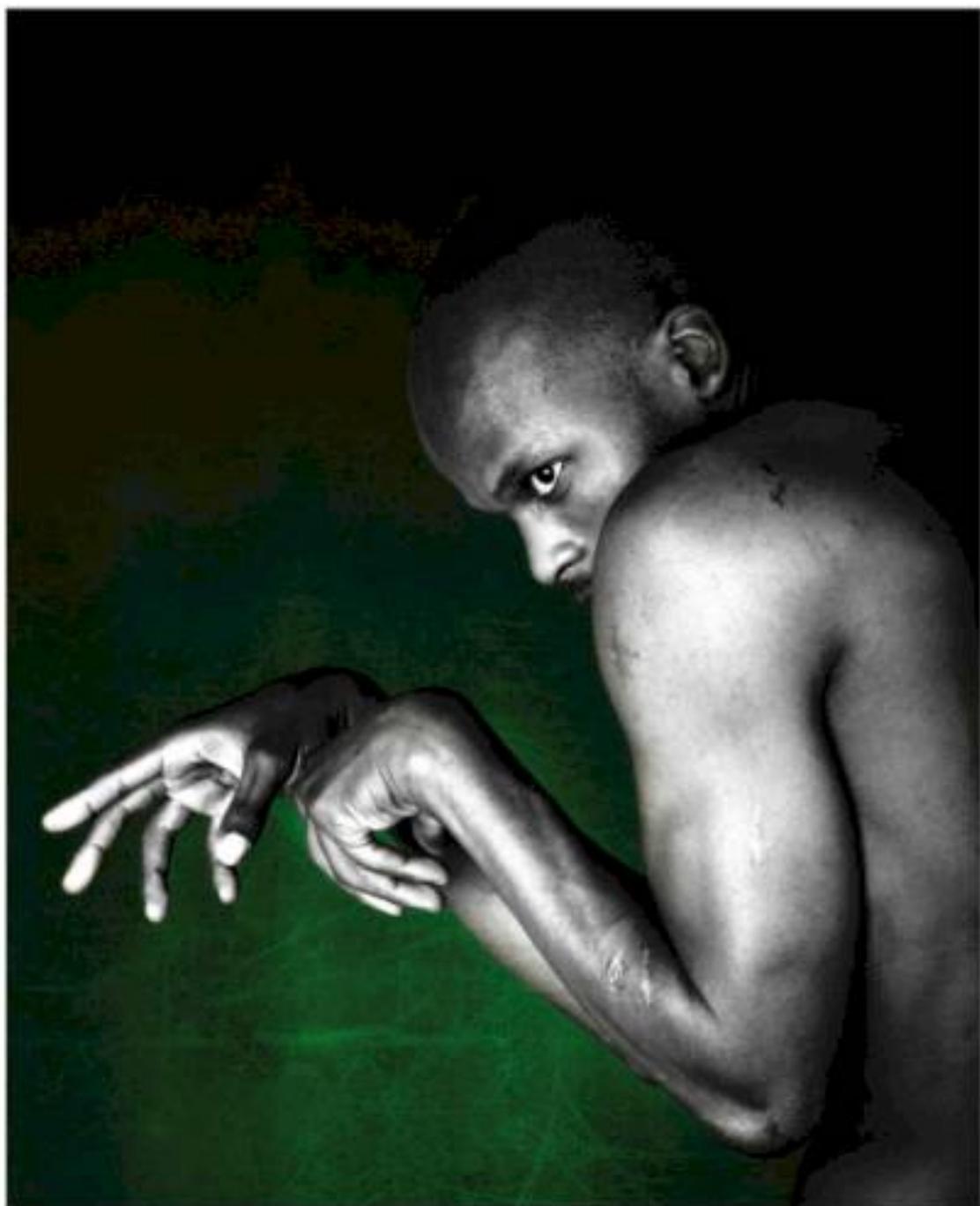


EL ASESINO DE BANCONI

Moussa Konaté



El humilde distrito de Banconi, en Bamako, es el escenario de tres asesinatos sin conexión aparente que, tras provocar una honda conmoción y el nerviosismo entre la población local, suscitan la preocupación de las autoridades, temerosas de una revuelta popular. La delicada situación pondrá a prueba las dotes como investigadores del comisario Habib y su adjunto, el leal inspector Sosso, dos oficiales de la Brigada Criminal a quienes se encomienda la resolución del misterio en un plazo máximo de 72 horas.

Las castas, la brujería, el peso de las relaciones jerárquicas en una sociedad marcada por las tradiciones más ancestrales... Moussa Konaté, el editor, novelista y dramaturgo, natural de Malí, narra con inusitado vigor este *thriller* que, siendo fiel a las claves más asentadas del género, arroja al mismo tiempo una mirada radicalmente novedosa, y nos muestra un paisaje africano asolado por la violencia y la corrupción.

Era realmente un sol canicular. A pesar de encontrarse aún lejos del cenit, asfixiaba a los hombres, a los árboles y a la tierra, a todo ese barrio de Banconi, inmensa excrecencia de la ciudad de Bamako, formado por centenares de casas construidas con ladrillos de tierra y techos de paja, de retales de esteras, de ramas o, en el mejor de los casos, de láminas de zinc oxidadas y abolladas. Desde las callejuelas que serpenteaban entre las casas, se elevaba una polvareda ocre al paso de alguno de esos coches destartados, prácticamente los únicos en atreverse a pasar por allí de día.

En el borde de una de las escasas calles espaciosas, de trazado incierto, dos niños jugaban con una pelota —una bola hecha con trapos—; jugaban riendo a carcajadas. Estaban cerca de un vertedero público donde se amontonaban basura doméstica y animales reventados. Ahí, un gato con la cabeza aplastada parecía inflarse a ojos vista bajo una nube de enormes moscas azules. Uno de los niños, al correr hacia atrás, pisoteó el fiambre cuyo vientre estalló liberando las vísceras, que salieron disparadas para regocijo de los chicos. El otro tomó el gato muerto por las patas traseras y, blandiéndolo por encima de su cabeza, lo hizo girar a toda velocidad desternillándose de risa, imitando el gesto de su amiguito, a la vista del animal cuyo cuerpo se iba haciendo jirones.

A unos cientos de metros de la montaña de inmundicias, surgió un ciclista entre las casas y desembocó en la calle. Llevaba un amplio bubú amarillo, casi transparente, y pisaba los pedales de su bicicleta con toda la fuerza de sus piernas, tanta que parecía que las ruedas de la máquina

apenas rozaban el suelo. Los transeúntes lo miraban, asombrados, pero, indiferente a lo que a su alrededor sucedía, el hombre, cuyo gran bubú se inflaba cual una vela, seguía pedaleando con rabia. Mas, inexplicablemente, al llegar a la altura de los dos niños, uno de los cuales aún hacía girar el gato muerto —del que ya solo quedaban las dos patas traseras—, el ciclista perdió el control de su máquina, que se lanzó sobre uno de los árboles que bordeaban la calle. Bajo el efecto del choque, la bicicleta se retorció y dibujó una figura indefinible; despedido unos pasos más allá, el hombre había caído de espaldas, sobre el polvo ocre.

Abandonados gato y balón, los dos niños se pusieron a bailar y reír, dando palmas y cantando alrededor del desgraciado que logró levantarse con no poca dificultad, las manos sobre la espalda, con el gran bubú cubierto de tierra y ampliamente rasgado en su parte delantera. Encolerizado, pero también para huir del sarcasmo de la gente que acudía al lugar, se lanzó en persecución de los dos niños, que escaparon por direcciones opuestas; eligió perseguir a uno de ellos al azar. «Corre más deprisa, Issa, te va a pillar» —gritó el otro—. El hombre del bubú giró sin pararse y persiguió al que animaba a su amigo. «¡Corre más, Tiefing, si no te va a alcanzar!», gritó a su vez Issa con voz de falsete, mientras el hombre, extenuado, se había inmovilizado y se pasaba la mano por los riñones entre el abucheo de los mirones. Tiefing desapareció en el laberinto de viviendas aglutinadas. Sin mirar hacia atrás, el niño corría hacia la casa paterna, donde entró jadeante y, arramplando a su paso con todos los cacharros esparcidos por el patio, se metió en las letrinas.

—¡Sal de ahí, Tiefing! —le gritó su madre, Sussaba, sentada delante de la choza con techo de paja que hacía las veces de cocina, mientras que a su lado dos de sus amigas se partían de risa—. Seguro que has vuelto a gustarle una de las tuyas a alguien. ¡Sal de ahí para que te mate! —añadió.

El niño salió, pero caminaba lentamente, como un juguete mecánico, con el rostro chorreando sudor, boquía-bierto, los ojos dilatados y la mirada extrañamente fija.

—¿Qué te pasa, maldito? ¡Habla de una vez! —gritó la madre, temblando.

—Ahí dentro... ahí dentro... —murmuró el niño señalando, sin volver la vista atrás, las letrinas que acababa de abandonar.

—¿Qué hay en esas letrinas, Tiefing? —preguntó una de las dos amigas.

—Mamita Sira... está tumbada... ahí dentro; no se mueve... duerme —balbuceó Tiefing, jadeando.

El tío Balla surgió de su habitación y se lanzó hacia las letrinas, seguido de las mujeres que gritaban palmoteando e invocando a Alá.

Efectivamente ahí estaba, en las letrinas, la mamita Sira, tumbada de lado, con una mano recogida y la otra extendida por encima del hoyo; con su mano izquierda se sostenía la cabeza, girada hacia la puerta, mientras que la derecha se mantenía crispada sobre el vientre; de la comisura de los labios entreabiertos corría un hilillo de baba. Sus mandíbulas apretadas y sus rasgos crispados delataban el sufrimiento que había padecido.

Balla se arrodilló e, inclinado sobre el cuerpo, lo tentó, con la esperanza de hallar alguna señal de vida, mientras se sucedían y entremezclaban los soplidos y jadeos ruidosos de las mujeres, interrumpidos por exclamaciones de estupor.

Balla se incorporó finalmente y, mirando al cielo, dijo y repitió con énfasis: «*Alá akbar, Alá akbar!*».

Levantó el cuerpo de mamita y, lentamente, abandonó las letrinas entre los gritos histéricos de las mujeres, penetró en la habitación contigua a la del cabeza de familia, tendió los despojos mortales sobre la cama de bambú y los recubrió con una sábana de algodón desgastada. Entró y salió cuatro veces de la habitación como un autómata.

Cuando al fin se repuso, franqueó el umbral de la vivienda, la espalda encorvada, como si de repente hubiera envejecido.

Mientras tanto, las vociferaciones de las mujeres, amplificadas por las de los niños que habían regresado en tromba de sus juegos, alertaron a los vecinos que acudieron por doquier.

Poco a poco, sin embargo, el tumulto fue remitiendo y todos terminaron sentándose; algunos seguían llorando, pero menos ostensiblemente. Algo más lejos, los hombres ocuparon unos bancos y taburetes que habían hecho traer a toda prisa y se mantenían más bien silenciosos.

El imán entró un momento más tarde, seguido de Monzon, famoso por sus oraciones fúnebres y sus sermones. Este no se sentó, se detuvo en el centro del patio mientras el imán se instalaba sobre una estera colocada en primera fila.

—Y he aquí que nuestro Creador ha golpeado de nuevo, hermanos musulmanes. ¿Quién podía pensar, hace apenas unos minutos, que había sellado el destino de Sira? ¿Quién podía predecir que ella, que esta mañana reía y bromeaba de camino al mercado, iba a dejar de pertenecer a nuestro mundo? ¿Quién podía sospechar que esta mujer que no padecía de dolores de cabeza, ni de dolores de pecho, iba a acostarse para no volverse a levantar? ¿De qué otra voluntad podría emanar una decisión como esta si no es de la de Alá? Sí, hermanos musulmanes, solo Alá es capaz de ello y ha vuelto a demostrárnoslo. —Hablaban con fuerza, caminaba lentamente por los pasillos que separaban los bancos de las esteras, mientras que los habitantes de Banconi seguían invadiendo la vivienda—. Es Alá el único amo. Él decide cuando mejor le parece. Actúa como le parece, y todo lo que decide está bien, y todo lo que cumple está bien. La muerte le pertenece: la envía a los hombres, a cada uno según el contrato que ha firmado el día de su nacimiento. El huérfano morirá, el enfermo morirá, el pobre también morirá, pero nadie tiene derecho a quejarse por

ello, a clamar justicia porque, en ese mismo momento, otro abandonará a su padre y a su madre para siempre, un hombre sano cerrará los ojos para la eternidad, un rico dejará de disfrutar de sus riquezas. ¡Es Alá el único amo, ejem! Ya ven, no ha esperado al regreso de Saibú para apoderarse del alma de su esposa, porque también ha dicho: tú solo eres su esposo, pobre mortal, y yo soy el dueño de su alma. Es Alá el único amo.

La oleada de visitantes no cesaba. De vez en cuando una mujer prorrumpía en sollozos al entrar, pero se callaba nada más sentarse, y la muchedumbre escuchaba, como fascinada, la palabra de Monzon.

—Y si, en este mismo momento, le viniera en gana el deseo de cortar el hilo de la vida de cualquiera de quienes nos encontramos aquí, ¿quién podría impedirselo? Así que temed a Alá, hermanos musulmanes. Él es nuestro creador. Él ha dicho: «¡Rezad!», y hemos de rezar; Él ha dicho: «Dad limosna a los pobres», y nosotros debemos dar limosna a los pobres; Él ha dicho: «¡Ayunad!», y nosotros debemos ayunar. Porque Él es Alá, el que no tiene principio ni fin. ¡Ah!, os lo digo, hermanos musulmanes, tengamos cuidado, porque cada día que pasa nos aleja más de los caminos prescritos. Ya lo veis, el hijo ya no respeta al padre, la esposa no respeta ya al marido, el hermano traiciona al hermano, el amigo odia al amigo. Nos encontramos en los tiempos que predijo el profeta Mamadú (¡Que la paz esté con su alma!), en los que nuestro creador se apresta a poner fin a todas nuestras vidas, tal y como lo anunció el día en que creó el cielo y la tierra. Sí, pronto llegará el fin del mundo, hermanos musulmanes. Temblad, vosotros que habéis vivido en la ignorancia de los preceptos divinos, porque el fuego del infierno os espera; arde y no se apagará jamás hasta que hayan desaparecido el adúltero, el mentiroso, el criminal, el impío, y todos aquellos que, para su desgracia, han olvidado que únicamente deben su existencia a Alá. Hace

un momento, cuando me dirigía hacia aquí en compañía del imán, escuché la conversación de dos niños...

Unos susurros, apenas audibles al principio, acabaron por convertirse en un escándalo que cubrió la voz del predicador, que tuvo que interrumpir su discurso y, como hizo la multitud, girarse hacia la puerta: Saibú, el marido de mamita, avanzaba cogido del brazo de su hermano menor Baila. Era un hombre que rozaba los sesenta pero que aparentaba ser mayor por su fragilidad y su pelo blanco. Flotaba en el interior de un gran bubú que dejaba entrever sus brazos delgados. Como si padeciera tortícolis, tenía la cabeza torcida. Su hermano lo llevaba con delicadeza, como si de un niño se tratara, hacia la capilla mortuoria. En el momento de entrar en ella, el anciano, cuyos pasos iban perdiendo seguridad, se paró en seco. Baila lo animó a franquear el umbral.

A la vista del cuerpo de la esposa, que descansaba bajo la manta, Saibú pareció aterrorizado, y si otros ancianos que entraban tras él no se lo hubieran impedido, se habría batido en retirada.

—Vamos, vamos, Saibú —le reprendió el imán en voz baja—, a tu edad no se comporta uno así ante la muerte. ¿Olvidas acaso que no somos más que juguetes en manos de Alá?

Se escucharon murmullos sordos de aprobación entre los demás ancianos. El imán descubrió el rostro inanimado de Sira: las mandíbulas permanecían apretadas, los rasgos crispados. El esposo quiso tocar la cara ya fría, pero un temblor frenético se apoderó de sus manos y estas se detuvieron a medio camino. El imán cubrió el rostro y, de nuevo, Baila sostuvo a su hermano y lo ayudó a tomar asiento sobre una estera, entre los suyos.

—Y, ese día, Él aparecerá, se detendrá sobre la explanada de oro, con su cetro en la mano, aureolado por una luz cuyo brillo jamás podréis imaginar. Aparecerá y todos los pecadores temblarán, porque para su desgracia ese será el

día del Gran Juicio. Hermanos musulmanes, ahora que estáis a tiempo, arrepentíos y volved al recto camino, porque pronto compareceremos todos en la plaza mayor de Samé, frente a nuestro Creador, el amo del Infierno y del Paraíso...

Monzon se vio obligado a interrumpir de nuevo su alegato, al darse cuenta de que el auditorio apartaba la mirada de él. Un hombre de complexión imponente acababa de entrar. De elevada estatura, más bien entrado en carnes, habría parecido francamente grueso en caso de ser más bajo. Todo en él rezumaba la seguridad y el bienestar que procura la riqueza. Su mirada clara permanecía fija y resultaba difícil sostenerla. A medida que se acercaba, con sus andares de príncipe, como si contara sus pasos, un perfume exquisito se extendía a su alrededor. Hasta el fruncimiento de su traje imponía.

Todos los ancianos se volvieron hacia él con una deferencia rayana en la obsequiosidad. Cuando el hombre tomó asiento, se hizo el silencio. Monzon no siguió con su prédica y hasta creyó necesario saludar públicamente al recién llegado:

—Ha venido Ladji Sylla. En lo que al conocimiento de la palabra divina respecta, solo soy su discípulo. ¡Me inclino ante tu sabiduría, gran maestro!

Se formó luego un gran barullo. Una vez terminado el aseo fúnebre, la fallecida, revestida con su mortaja de percal, descansaba envuelta en una manta de lana, sobre una camilla. Tan densa era la multitud que hubo que salir de la casa para pronunciar la oración de los difuntos. Después, la comitiva se dirigió hacia el cementerio mientras que en la vivienda las vociferaciones de las mujeres volvían con más fuerza. El cortejo se extendía, serpenteaba entre las casas aglutinadas, sobre el polvo rojizo de las callejuelas tortuosas. Unos niños huían; otros, por el contrario, empujados por la curiosidad, amagaban unos pasos hacia adelante. Se caminaba a paso rápido y Baila sostenía con dificultad a su hermano, abandonado a sus brazos. Al darse la vuelta, Lad-

ji Sylla se dio cuenta de los apuros de Balla: se dirigió hacia él y empuñó enérgicamente el brazo del anciano.

El cementerio era un solar sembrado de hormigueros, arbustos y hierbajos pisoteados que se confundían con la tierra. Las tumbas, señaladas por montículos de tierra, se sucedían en desorden, algunas agrietadas, otras recién construidas, otras más totalmente hundidas. Aquí y allá yacían osamentas de animales, porque el cementerio servía a la vez de vertedero.

El cortejo se detuvo ante una fosa. Dos hombres descendieron y Ladji Sylla ayudó a Saibú a unirse a ellos para llevar a mamita Sira hasta su último lecho.

—¡Parad, parad!, —gritó una voz.

Todos los rostros se volvieron hacia un joven que llegaba casi corriendo, titubeando entre los túmulos.

—¡No la enterréis! ¡No la enterréis así!, —gritó jadeante.

Empujó a los que rodeaban la camilla, dispuestos a bajar de ella el cuerpo, y empezó a tentarlo febrilmente con la esperanza de sentir su pulso: cuando se dispuso a desatar el cadáver de mamita, de quien quería ver el rostro, la multitud quedó paralizada de estupor, y únicamente Ladji Sylla detuvo el gesto del joven, de modo bastante rudo. Como si les hubieran despojado de su mordaza, los demás increparon a su vez y al unísono al joven.

—Es mi madre, —protestó—, no tenéis derecho de enterrarla sin saber si sigue viva o no. Hay que consultar a un médico.

—Hazlo, —ordenó Ladji Sylla.

El joven quiso reaccionar, pero su brazo estaba atenazado.

—Ibrahim, sé razonable, —le recomendó el padre, inclinado sobre la fosa—. Todo esto es la voluntad de Alá.

Ibrahim se calmó y unas lágrimas rodaron por sus mejillas; Ladji Sylla lo soltó.

Muy pronto, la tierra cubrió a mamita Sira y, tras recitar por última vez unas suras por el eterno reposo del alma de

la difunta, todos regresaron como habían venido, a toda prisa.

—No, no, —murmuraba Ibrahim una y otra vez—, exigiré una autopsia. No, no, esto no puede quedar así...

Ladji Sylla le tomó la mano:

—No harás nada, hijo mío, —le dijo en voz baja pero enérgica—. Sé que tienes razón, pero ven a verme mañana, volveremos a hablar del tema.

Ibrahim se conformó, como hipnotizado.

El cortejo fúnebre regresaba ya a Banconi.

CAPÍTULO PRIMERO

El joven de la moto circulaba a tumba abierta. Con la cabeza descubierta, se colaba entre los coches con una imprudencia que sacaba de sus casillas a los conductores, que lo insultaban intentando en vano arrinconarlo. Se metió en el centro comercial en sentido prohibido, se saltó un semáforo en rojo bajo la mirada atónita de un agente de policía que, instintivamente, se lanzó hacia su ciclomotor pero que, al darse cuenta a tiempo de lo que estaba haciendo, se detuvo. El motorista franqueó la puerta de un garaje y frenó bruscamente. Un hombre fornido, vestido con un mono azul pringado de grasa, salió de inmediato y se unió a él; luego, a toda prisa, se dirigieron ambos hacia el fondo del garaje, de donde se elevaba el ruido de las máquinas.

—Has tardado un poco, Pachá —le recriminó el hombre del mono.

—Bueno, cinco minutos como mucho —protestó el joven, echando un vistazo a su reloj—. Has hecho lo más importante, supongo —añadió.

—Por supuesto —respondió lacónico el mecánico, que se detuvo ante un Peugeot 203, cuyo capó golpeteó.

—Es esta, Pacha —dijo a su compañero, que miró la parte trasera del coche. La matrícula era de fabricación reciente y parecía poco cuidada.

—¿Estás seguro de que el número no existe ya? —se preocupó Pachá.

—¡Totalmente! He trabajado en el Ministerio de Industria y Minas durante cinco años y sé lo que me traigo entre manos. No te preocupes.

El motorista se instaló en el coche y arrancó a toda velocidad en dirección al centro comercial. Se detuvo al final de una fila de coches aparcados, introdujo las manos en sus bolsillos y penetró en una tienda de aparatos de música, televisores y vídeos. Una música de fondo sonaba mientras centelleaban alternativamente unas luces multicolores colocadas en guirnalda. El Pachá se detuvo, sin sacar las manos del bolsillo, ante una cadena estéreo.

Sentado en una mecedora, tras una mesa metálica, el propietario del lugar, un hombrecillo orondo y medio calvo, observaba a aquel joven guapo y elegante, demasiado altivo para dignarse saludar a un comerciante.

—¿Y qué potencia tiene este chisme? —preguntó el Pachá con un desdén que irritó al dependiente que, no obstante, se acercó a él.

—Es un 2×30 vatios —contestó. Es un buen aparato. Aunque tengo cosas más impresionantes todavía; mire, este es un 2×50 vatios, y este otro...

—No —lo cortó el Pachá—, es esta la que me interesa. Me la tiene que envolver.

El comerciante se puso manos a la obra; en un dos por tres, el aparato estaba empaquetado. El joven pagó con billetes nuevos de diez mil francos y no recogió el cambio.

—Necesito un taxi ya; y puede resultar difícil en este lugar del mercado.

—¡Claro que no! —protestó el comerciante—, si espera un minuto, le consigo un buen taxista.

Salió. El Pachá sacó del bolsillo interior de su chaqueta algo parecido a una tarjeta de visita o a una postal y la tiró al suelo, detrás de un televisor.

El comerciante volvió a entrar, seguido de un anciano patituerto y jorobado, de cabeza adornada con unos pocos

cabellos y reluciente. Fumaba sin parar, con un ojo cerrado y las manos en las caderas.

—Aquí tiene al chófer del infierno —lo presentó el vendedor—. En un abrir y cerrar de ojos estará en su casa. Es un taxista sin igual.

—De acuerdo, nos vamos —dijo el Pachá sin mucho entusiasmo.

El chófer del infierno cogió el paquete y, un momento después, ambos hombres se dirigían a Banconi. El taxi era más bien una pieza de museo: puertas combadas sostenidas por cuerdas de nailon o de fibra vegetal, asientos desgarrados rellenos de trapos, un salpicadero casi ilegible, ruedas torcidas, indicadores caprichosos que se encendían de repente por su cuenta y que el conductor apagaba precipitadamente, soltando una retahíla de insultos, y un chirrido que recordaba el ruido de una sierra al cortar una plancha de madera. Tras una parada, fue preciso, para volver a arrancar, que el chófer del infierno hiciera uso de toda su sabiduría para desenredar los cables del contacto. Insultaba groseramente a todos los automovilistas que manifestaban su impaciencia a bocinazos.

El Pachá, furioso, se tiraba de los pelos. Para calmarlo, el famoso chófer le mandó una buena bocanada de humo que lo hizo toser hasta echar los pulmones.

Allá, en el centro comercial, mucho tiempo después de su partida, el rostro del joven cliente volvió varias veces a la mente del comerciante y acabó por difuminarse, pero recordó que tenía un lunar en la base del cuello, del lado izquierdo.

El Pachá hizo detener el taxi a unos cincuenta metros de la casa de Ibrahim, pagó con creces la carrera, intentó cargar con el paquete pero se arrepintió y pidió ayuda al chófer del infierno que, a cambio de una buena propina, llevó el aparato hasta el cuarto de Ibrahim.

—¿Usted vive aquí? —preguntó, intrigado, al Pachá.

—Sí —contestó este—, ¿y por qué me lo preguntas?
¿Es asunto tuyo?

—Ejem... no —farfulló el taxista, tosiendo; la colilla se le quedó pegada en un extremo de la boca.

—Me llamo Ibrahim, por si eso también te interesa... Me esperas en el taxi: regresamos juntos. Dentro de cinco minutos estoy aquí.

El taxista se fue. El Pachá trasteó unos minutos en el cuarto y salió.

Unos minutos después de haber arrancado el taxi, la pequeña Baminata, de regreso de su habitual vagabundeo, apareció a la vuelta de la esquina: no había visto la escena.

—¡Escucha, para! ¡Te digo que pares aquí! —gritó el Pachá al chófer del infierno, que conducía como un sonámbulo. El taxi mostraba señales de desfallecimiento, ya cerca del centro comercial. El chófer obedeció refunfuñando. El cliente pagó otra vez con creces la carrera y se eclipsó, con las manos en los bolsillos. Volvió a coger su coche un poco más lejos y se dirigió en tromba hacia el garaje donde el hombre del mono azul acudió a recibirlo de nuevo.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí —contestó el joven, comprobando el estado de su vestimenta— todo va bien.

—Siempre puedes contar conmigo, Pachá.

—Sí, eres formidable. Claro, en caso de que *alguien* venga a verte, tú no sabes nada, ¿verdad?

—Cuenta conmigo, Pacha; en este tipo de asuntos, soy mudo.

Se dieron un vigoroso apretón de manos; el joven se subió a la moto y franqueó la puerta haciendo gemir a la máquina.

Mientras tanto, Ibrahim pasaba delante del mercado (donde Tilery, el loco, resoplaba y jadeaba contando y recontando sin cesar los puestos abandonados, a los que llamaba «la gente del mercado»), sin ver a los chamarileros